

El tema es un texto de Hegel extraído de la *Estética*:

El espíritu no se queda en la simple aprehensión por la vista o por el oído de los objetos exteriores, sino que hace uso de ellos en su vida interior, que se ve empujada ante todo a tomar también ella la forma de la sensibilidad realizándose en las cosas exteriores: este modo de relación con las cosas exteriores es el deseo. En esta especie de relación, el hombre se encuentra a título de individuo sensible ante cosas parejamente individuales. Los que intervienen aquí no son ni el pensador, ni su arsenal de determinaciones generales, sino el hombre, el cual, a merced de sus impulsos y de sus intereses individuales, se torna hacia objetos, ellos mismos individuales, para sacar de ellos su subsistencia, haciendo uso de los mismos, consumiéndolos y sacrificándolos para su satisfacción personal. En estas condiciones, el deseo no se contenta con la apariencia superficial de las cosas exteriores, sino que quiere poseerlas en su existencia sensible y concreta. No tiene más que hacer cuadros que representen los bosques de los que se sirven o los animales que querrían consumir. El deseo no puede ya dejar al objeto que subsista en libertad, porque su naturaleza le empuja justamente a suprimir la independencia y la libertad de los objetos exteriores y mostrar que dichos objetos no están ahí sino para ser destruidos y utilizados hasta el agotamiento. Pero, paralelamente, el sujeto, prisionero de los intereses individuales limitados y mediocres de sus deseos, no es libre en sí mismo, ya que las determinaciones que toma no proceden de una voluntad esencialmente universal y razonable, ni ante el mundo exterior, ya que el deseo sigue estando esencialmente determinado por los objetos y vinculado a ellos.

Las relaciones del hombre con la obra de arte no son del orden del deseo. La deja existir por sí misma, libremente, ante sí; la considera, sin desearla, como un objeto que no concierne más que la parte teórica del espíritu. Por esto, la obra de arte, aunque tenga una existencia sensible, no tiene necesidad de tener una realidad tangiblemente concreta ni de ser efectivamente viviente. Ni siquiera debe demorarse en este terreno dado que no pretende satisfacer más que los intereses espirituales y debe excluir todo deseo.

(Hegel, *Lecciones sobre la Estética*, III, "Concepto de lo bello artístico", Akal, Madrid, 1989: 30-31.)

Preparación

Análisis de las formas gramaticales o generales

1. La presentación general en dos párrafos resulta aquí fundamental y nos abre a la estructura global del texto.
2. ausencia de otras referencias gramaticales significativas.
3. primera estructura. Dos partes que se corresponden con los dos párrafos (que se deben reestructurar posteriormente):
Primera parte: "El espíritu [...] ellos".

Segunda parte: "Las relaciones [...] deseo".

Análisis conceptual

1. Localización de los conceptos esenciales: espíritu, deseo, existencia sensible y concreta, libertad, voluntad esencialmente universal y razonable, obra de arte, son conceptos que juegan aquí un papel central.
2. Definición de los conceptos:
 - “espíritu”: aquí, el principio de la reflexión humana (no se trata exactamente del sentido específicamente hegeliano, es decir, del pensamiento que se clasifica progresivamente para llevar a lo absoluto, aunque ambos significados estén próximos).
 - “deseo”: tendencia y movimiento por los que el hombre se exterioriza, niega el objeto superándose hacia él y lo sacrifica para su satisfacción individual.
 - “libertad”: el hecho de no estar sometido a otra realidad o a otro ser.
 - “ser libre”: acceder a la comprensión de aquello que es válido para todos, hacer una elección nacida de la razón y de lo universal.
(La libertad se toma, pues, en este texto, en dos acepciones distintas).
 - “existencia sensible y concreta”: presencia individual, *hic et nunc*, dada a los sentidos, vinculada con las cosas que se pueden ver o tocar.
 - “voluntad esencialmente universal y razonable”: aquí, facultad para determinarse mediante razones, concebida fundamentalmente a través de una dimensión válida para todos los espíritus y de conformidad con la capacidad (absoluta) para distinguir lo verdadero de lo falso.
 - “obra de arte”: conjunto de materiales y de signos que expresan lo bello sin comportar la más mínima relación con la negatividad del deseo.
3. Estructura dinámica
Las partes: el texto presenta cuatro movimientos.
 - Primero movimiento (“El espíritu [...]el deseo”): Hegel enuncia la esencia del deseo; hace de él un concepto que se va a explicitar de manera rigurosa en la segunda y tercera parte.
 - Segundo movimiento (“En [...] consumir”): se pone de relieve la negatividad que opera en el deseo.
Eslabones demostrativos en este movimiento: la negatividad destructiva del deseo (“en [...]personal”); la distancia y la separación entre el deseo y la obra de arte, separación que esclarecer la negatividad del deseo “en [...] consumir”).
 - Tercer movimiento (“El deseo[...]a ellos): el filósofo subraya la “no-libertad” del deseo.
Eslabones demostrativos: existe un abismo entre el deseo y la libertad del objeto (“El deseo [...]agotamiento”); igualmente, el deseo y la libertad del sujeto se oponen completamente (“pero[...]a ellos”).
 - Cuarto movimiento(“las relaciones [...] todo deseo”): habiendo descrito de ese modo el deseo como negatividad privada de libertad real, Hegel puede subrayar que el arte si sitúa más allá de cualquier deseo y concierne solamente a nuestras necesidades espirituales.
Eslabones demostrativos: explicaciones de la naturaleza de las relaciones del hombre con las obras de arte (“las relaciones [...] del espíritu”); resultado del

análisis: la esencia de la obra de arte concierne a nuestras necesidades espirituales (“Por esto [...]deseo”).

El itinerario del razonamiento y de la argumentación : una vez subrayadas la negatividad y la no-libertad del deseo, Hegel demuestra que la obra de arte supera esta esfera y concierne a las potencias teóricas de nuestro espíritu.

Tema y tesis

1. El tema general está referido a la esencia de la obra de arte
2. tesis o idea directriz: El arte pertenece al lado teórico de nuestro ser; vinculado con una libre contemplación espiritual, se sitúa más allá de cualquier movimiento de negación del objeto.

Problema

1. Cuestionamiento
 - ¿Qué significa la separación entre la negatividad deseante y el universo de la contemplación estética?
 - ¿Cómo poner a distancia la ausencia de libertad (tanto del lado del sujeto como del objeto) que resulta de la negatividad del deseo?
 - La contemplación (teórica) de lo real, que no reclama en absoluto la negatividad deseante, ¿no es, finalmente, el más alto estadio que puede alcanzar el espíritu humano?
2. Problema: ¿Cuáles son las necesidades espirituales más elevadas del hombre?
3. Asunto en juego
 - Permitirnos formar un concepto claro de la esencia de la obra de arte.
 - Permitirnos concebir la esencia humana más elevada: especulativa y teórica.

Parte reflexiva

1. Situación del texto en la historia de las ideas: Este fragmento prolonga, bajo ciertas perspectivas, los análisis de Kant en la *Crítica del Juicio*. Este filósofo, en efecto, subrayó el desinterés inherente a la contemplación estética. Hegel le da un nuevo aire al problema centrándose en el “salvajismo” del deseo, ese movimiento de destrucción.
2. Interés filosófico del problema: ¿No es una de las mayores satisfacciones del hombre llegar a contemplar el espíritu, en su transparencia, por la mediación de la obra de arte? Desde este punto de vista, Hegel nos hace captar, en este texto, uno de los recursos de nuestra alma (en la religión y la filosofía, dicha satisfacción se depurará aún más).

Comentario de texto redactado

I. Introducción

(Localización del texto)

Este fragmento pertenece al apartado II- “La obra de arte en cuanto extraída de lo sensible para el sentido del hombre”- del primer volumen de la *Estética* de Hegel.

El autor, estudiando las relaciones entre lo sensible y la obra de arte, se centra en primer lugar en la intuición individual y luego en el deseo práctico, objeto del texto propuesto.

(Tema y problema)

Si el tema general es el de la esencia de la obra de arte, el problema que suscita el texto- más allá de este primer interrogante: ¿tiende el arte a satisfacer el deseo?- es el de saber cuáles son las necesidades espirituales más elevadas del hombre. Este problema se esboza sutilmente tras un posible cuestionamiento del texto de Hegel. (Idea directriz y asunto en juego) En lo referente a la idea directriz, podemos resumirla así: el arte se inscribe en el lado teórico de nuestro ser; vinculado a una contemplación espiritual libre, se sitúa más allá de todo deseo. Las cuestiones filosóficas en juego son múltiples: permitírnos forjar un concepto (claro) de la esencia de la obra de arte, pero también concebir la esencia humana más elevada: especulativa y teórica.

(Breve enunciado del planeamiento del texto)

El texto se despliega en cuatro movimientos (que constituyen otras tantas partes principales) : en el primero (“ El espíritu [...] el deseo”), Hegel enuncia la esencia del deseo; hace de él un concepto, explicado en forma rigurosa en la segunda y tercera parte. En el segundo movimiento (“En[...] consumir”), se pone de relieve la negatividad que opera en el deseo y, en el tercero (“El deseo [...] a ellos”), el filósofo subraya la “no-libertad” del deseo. Habiendo descrito de este modo el deseo como negatividad privada de libertad real, Hegel podrá subrayar, en el cuarto movimiento (“Las relaciones [...] todo deseo”) que el arte se sitúa más allá de cualquier deseo.

II. Explicación del texto

(El deseo es la relación práctica con lo real).

- Primera parte: primera definición (“El espíritu [...] el deseo”). En el seno de esta primera parte, el movimiento se halla muy estructurado. El problema consiste en captar la verdadera aspiración del espíritu, que Hegel especifica, en primer lugar, bajo de sus primeras formas, a través de la simple “intuición” o “representación sensible”, luego bajo el aspecto de la negatividad del deseo, forma espiritual infinitamente más elevada que “la simple aprehensión de los objetos exteriores por la vista o por el oído”. ¿Qué designa esta aprehensión? Sin duda, la capacidad intuitiva de las realidades, pero también la estructura perceptiva, en la que el espíritu organiza el campo de la experiencia. (El nivel de la representación sensible) Esta aprehensión del mundo exterior indica ya una primera forma, aún mediocre, del trabajo del espíritu, término

que, en nuestro texto, se enfoca de forma no unívoca. Si, en efecto, el Espíritu hegeliano, en su intención profunda, es la expresión del pensamiento que se clarifica progresivamente para llegar finalmente a lo Absoluto, este mismo concepto de espíritu designa igualmente, aquí, el principio de la reflexión humana. Hemos de tener en consideración que se trata, en efecto, del espíritu (y no del Espíritu), pero la teología hegeliana, no obstante, ya se esboza tras el simple principio de la reflexión y del pensamiento.

(El nivel de la negatividad sensible)

El principio del pensamiento se halla vinculado, en primer lugar, a la simple intuición de los objetos y se encuentra y se expresa, mucho más profundamente, “la realizarse en las cosas exteriores”: esta realización designa, no ya el comportamiento “pasivo”, “intuitivo” o “representativo” con respecto al mundo, ni la simple percepción sensible, sino el movimiento de exteriorización activo, dinámico, negativo, que constituye ya, en un nivel superior, el espíritu y el ser mismo del hombre. Notaremos el equilibrio entre “vida interior”/“cosas exteriores”, es decir, existencia subjetiva/vida objetiva: lo que, en efecto, es propio del hombre es el movimiento por el que exterioriza su existencia espiritual subjetiva. La negatividad del deseo corresponde precisamente a este proceso de exteriorización. ¿Qué designa el deseo? La tendencia por la que el hombre exterioriza, en el afuera, su principio espiritual (interior). Por el deseo, el hombre se exterioriza, niega el objeto superándose hacia él y lo sacrifica para su satisfacción individual.

(Definición hegeliana del deseo)

El punto de llegada de este movimiento inicial lo constituye una primera definición del deseo, modo de relación con las cosas externas que se comprenden a través de una relación práctica, una objetivación en el mundo exterior. Aquí, el hombre se apodera, para formarse, del objeto que niega y utiliza. El deseo designa así una primera transformación del mundo, una primera realización en el universo objetivo. Pero el estudio del deseo exige, sin embargo, una profundización, de forma que se capte mejor su posible relación con la obra de arte. Este análisis es el que va a llevar a cabo Hegel en la segunda y tercera parte.

(- Si el deseo es negación entonces se encuentra alejado de la obra de arte, concebida como apariencia de las cosas)

- Segunda parte: la destrucción que opera en el deseo

(“ En esta [...] consumir”).

La demostración de Hegel continúa en esta segunda parte. Así, explicitará la naturaleza profunda del deseo, la negatividad inscrita en él, para subrayar la insuficiencia de la pura apariencia, propia de la obra de arte. La demostración se realiza aquí en dos tiempos: la primera parte se dedica a la fenomenología del deseo (“En [...] personal) y la segunda a la distancia entre éste y el arte (“EN [...] consumir”).

(-La negatividad del deseo permanece sometida a lo individual.)

En la primera parte, Hegel evidencia la naturaleza individual y sensible del deseo. Este último, tendencia que empuja al hombre el objeto, se sitúa bajo el signo de lo individual, de aquello que pertenece propiamente a un ser concreto que constituye un todo reconocible. Se percibe ya inmediatamente una cierta inferioridad espiritual del deseo, la cual lo situará, en cierto modo, a mil leguas de la obra de arte. El hombre

deseante es un ser que permanece enraizado en la sensibilidad. Preso de las simples determinaciones sensibles e individuales, no podría acceder al arte en cuanto tal. El hombre del deseo no es el pensador, es decir, aquel que privilegia una forma de actividad propiamente intelectual o racional y utiliza ideas generales. Esta oposición entre el hombre deseante y el hombre pensante tiene como meta señalarnos que, aunque el deseo es una de las primeras formas de la actividad espiritual, no es el modo más elevado de dicha actividad.

(- La acción (individual) del deseo se opone al trabajo (general) del pensador.)

En el deseo, no se impone determinaciones generales o universales: el campo del hombre deseante permanece inscrito en lo individual. Hegel opone, pues, aquí, lo general, casi sinónimo de lo universal, en cuanto afecta a todos los casos o a todos los individuos sin excepción, y lo individual, inseparable de las diversas realidades singulares.

(- La consumición del deseo es “sacrificio”)

El hombre del deseo pertenece a la segunda esfera, está vinculado con los “impulsos” (fuerzas psíquicas que llevan a la acción) o “intereses” (disposiciones respecto de las cosas) que nunca escapan a lo particular. Así, Hegel está en condiciones al final de esta primera parte de describirnos ese movimiento, un tanto “salvaje” que opera en el deseo: el hombre deseante consume, es decir, lleva las cosas a su destrucción utilizando su sustancia, haciendo uso de ellas para su propia supervivencia y, en cierto modo, las inmoló (“sacrificó”) y las destruye. Conservará su propia realidad individual por la supresión de toda la realidad distinta a la suya, pero esta negación “salvaje” no le permitirá realmente llegar a un Yo espiritual y universal. El deseo que recae sobre el objeto no nos hace acceder aún al auténtico espíritu.

(La simple apariencia (estética) no podría satisfacer al deseo).

Por ello, la segunda parte (“En estas condiciones [...]consumir”) nos muestra que el deseo negador y destructor nos deja muy lejos de la esfera artística. “La existencia sensible y concreta”, objeto mismo del deseo, se opone a la de la obra de arte. ¿Qué designa esta última? Aquello que sencillamente se da de las cosas en la representación artística, independientemente de todo objeto concreto. La existencia sensible manifiesta, por el contrario, una presencia *hic et nunc*, individual, dada a los sentidos, vinculada a las cosas que se pueden ver o tocar. La obra de arte se contenta con las apariencias, privilegia la simple forma de los objetos, independientemente de cualquier presencia concreta. Ahora bien, el deseo negador no podría tener por objeto una simple forma estética: le hace falta destruir, negar, dar satisfacción a los intereses o a las pulsiones de esencia puramente individual o biológica. Por tanto, no es desinteresado: al estar vinculado a intereses inmediatos, no puede más que negar y destruir – por su propia finalidad y disposición vital- una realidad sensible inmediata.

(*Balance de la segunda parte del texto*: inferioridad espiritual del deseo.)

De esta forma, el deseo nos deja todavía lejos del verdadero espíritu, lejos de la obra de arte, lejos de lo universal del pensamiento. Queda por profundizar la esencia del deseo y su inferioridad para comprender mejor la relación con la obra de arte.

(El deseo no significa libertad: - No hay ninguna libertad del lado del objeto.)

- tercera parte: en el deseo no hay ninguna libertad ni independencia

(“El deseo [...] a ellos”).

Esta tercera parte nos va a mostrar, en un análisis estructurado en dos movimientos, que hay una inferioridad espiritual del deseo que nos lleva a pensar que el arte debe excluir cualquier deseo.

Su primer movimiento (“El deseo [...] agotamiento) nos señala el abismo que existe entre el deseo- es decir, negatividad destructiva- y la libertad del objeto, concibiéndose aquí la libertad como el hecho de no estar sometido a ninguna otra realidad o a ningún otro ser, como el estado de una cosa que no tiene relación con ninguna otra, como la situación de un ser que puede subsistir en sí mismo, tal y como es, sin someterse al arbitrio de ningún otro. Por supuesto, el deseo, definido como tendencia que empuja al hombre a negar el objeto, no puede, por definición, dejar subsistir a dicho objeto como tal, es decir, como esa realidad dada. El texto de Hegel nos muestra esta persecución sin fin, este movimiento de la conciencia que, sin descanso, no respeta al ser dado, sino que lo niega y tiende a apoderarse concretamente, sin cesar, de las cosas y hacerlas suyas. Todo este análisis es clásico y central en Hegel. (- Telón de fondo *La fenomenología del Espíritu*) Figura en *La fenomenología del Espíritu*, en donde se nos enseña que el objeto individual del deseo nunca es un objeto planteado desde su independencia. La verdad de todo objeto es ser negado para la conciencia pueda así formarse y recogerse, en un movimiento incesante que renace indefinidamente. (- En el deseo, el sujeto no es más libre que el objeto). El segundo movimiento (“Pero [...] a ellos”) de esta tercera parte opone el deseo y la libertad del sujeto. Ser libre sería acceder a la razón y a lo universal, comprender lo que vale para todos. Ahora bien, el hombre deseante no accede a esta esfera. Hegel ya ha señalado que quien desea no llega aún al pensamiento y a las determinaciones generales o universales. Su análisis se apoya aquí una vez más en la limitación del deseo, sometido a los intereses inmediatos e individuales, que no supera en ningún caso el nivel del ser concreto que constituye en todo reconocible (lo que se vincula con el individuo y lo individual).

(Doble limitación del sujeto deseante)

El deseo permanece limitado por dos motivos: por una parte, la negatividad (individual) no podría ligarse con una actividad altamente consciente que persiguiera una elección válida para todos y de conformidad con la norma absoluta del pensamiento humano (con “una voluntad esencialmente universal y razonable”). El deseo no es universal, como tampoco es razonable. Por otra parte, la heteronomía del deseo parece manifiesta a un segundo nivel : preso de los objetos externos y en relación con ellos, condenado a proyectarse hacia las cosas en una búsqueda que renace incesantemente, el hombre deseante no accede a una verdadera libertad. Al negar y destruir el objeto, al tener que volver a comenzar sin cesar este movimiento de destrucción, el deseo, en verdad, no constituye un acceso a lo espiritual ni a la libertad. Queda ahora por considerar las consecuencias de estos análisis en lo referente a la relación con la obra de arte.

(El deseo ni significa la libertad: -No hay ninguna libertad del lado del objeto

- Tercera parte: en el deseo no hay ninguna libertad ni independencia
 (“El deseo [...] a ellos”)

Esta tercera parte nos va a mostrar, en un análisis estructurado en dos movimientos, que hay una inferioridad espiritual del deseo que nos lleva a pensar que el arte debe excluir cualquier deseo.

Su primer movimiento ("El deseo [...] agotamiento) nos señala el abismo que existe entre el deseo- es decir, negatividad destructiva. Y la libertad del objeto, concibiéndose aquí la libertad como el hecho de no estar sometido a ninguna otra realidad o a ningún otro ser, como el estado de una cosa que no tiene relación con ninguna otra, como la situación de un ser que puede subsistir en sí mismo, tal y como es, sin someterse al arbitrio de ningún otro. Por supuesto, el deseo, definido como tendencia que empuja al hombre a negar el objeto, no puede, por definición, dejar subsistir a dicho objeto como tal, es decir, como esa realidad dada. El texto de Hegel nos muestra esa persecución sin fin, este movimiento de la conciencia que, sin descanso, no respeta al ser dado, sino que lo niega y tiende a apoderarse concretamente, sin cesar, de las cosas y a hacerlas suyas, todo este análisis es clásico y central en Hegel. (Telón de fondo: *La fenomenología del Espíritu*) Figura en *La fenomenología del Espíritu*, en donde se nos enseña que el objeto individual del deseo nunca es un objeto planteado desde su independencia. La verdad de todo objeto es ser negado para que la conciencia pueda así formarse y recogerse, en un movimiento incesante que renace indefinidamente. (- En el deseo, el sujeto no es más libre que el objeto) El segundo movimiento ("Pero [...] a ellos") de esta tercera parte se opone el deseo y la libertad del sujeto. Ser libre sería acceder a la razón y a lo universal, comprender lo que vale para todos. Ahora bien, el hombre deseante no accede a esta esfera. Hegel ya ha señalado que quien desea no llega aún al pensamiento y a las determinaciones generales o universales. Su análisis se apoya aquí una vez más en la limitación del deseo, sometido a los intereses inmediatos e individuales, que no supera en ningún caso el nivel del ser concreto que constituye un todo reconocible (lo que vincula con el individuo y lo individual).

(Doble limitación del sujeto deseante)

El deseo permanece limitado por dos motivos: por una parte, la negatividad (individual) no podría ligarse con una actividad altamente consciente que persiguiera una elección válida para todos y de conformidad con la norma absoluta del pensamiento humano (con "una voluntad esencialmente universal y razonable"). El deseo no es universal, como tampoco es razonable. Por otra parte, la heteronomía del deseo parece manifiesta a un segundo nivel: preso de los objetos externos y en relación con ellos, condenado a proyectarse hacia las cosas en una búsqueda que renace incesantemente, el hombre deseante no accede a una verdadera libertad. Al negar y destruir el objeto, al tener que volver a comenzar sin cesar este movimiento de destrucción, el deseo, en verdad, no constituye un acceso a lo espiritual ni a la libertad. Queda ahora por considerar las consecuencias de estos análisis en los referentes a la relación con la obra de arte.

- Cuarta parte: el arte se sitúa más allá de todo deseo

("Las relaciones [...] todo deseo").

(La conclusión de Hegel concierne a la obra de arte)

Esta última parte culmina plenamente la fenomenología del deseo que Hegel acaba de describir durante todo su análisis. Nos ha mostrado el "salvajismo" y la negatividad de un movimiento heterónimo, esclavo de los objetos, dependiente de las necesidades inmediatas, incapaz de distanciarse de la esfera biológica y vital. Si ésta es la esencia del deseo, ¿cuáles son sus consecuencias en lo que atañe tanto a la relación con la obra de arte como a la esencia misma de la obra de arte? (Idea general de esta cuarta parte: la obra de arte está vinculada a una contemplación espiritual). Hegel va a examinar esta doble punto de vista en dos movimientos y, al mismo tiempo, despejará la naturaleza de las verdaderas necesidades e intereses espirituales del hombre, problema central, como hemos visto, en todo el desarrollo. La obra de arte, vinculada con la libre contemplación del espíritu humano, responde a nuestras necesidades espirituales más elevadas.

(- Una relación desinteresada y teórica).

Examinaremos en primer lugar el primer movimiento, la relación del hombre con la obra de arte ("las relaciones [...] del espíritu"). Habremos de notar que, por primera vez, aparece en el texto el concepto de obra de arte. ¿Qué es lo que designa? Un conjunto de materiales y de signos que manifiestan una intención estética. Este conjunto que expresa lo bello no puede comportar la más mínima relación con la negatividad del deseo. Hegel, habiendo subrayado anteriormente el impulso salvaje y sensible que opera en este último, está en condiciones para oponerle a este movimiento irreflexivo la libre contemplación estética. Nos quedaremos aquí esencialmente con la expresión "el lado teórico", recordemos su etimología: teórico viene del griego "theôrein", contemplar. El lado teórico designa el de la pura contemplación, en oposición a la acción y a la práctica. Lo que Hegel nos señala aquí es la desvinculación de las realidades sensibles inmediatas que se produce en la contemplación estética; el objeto estético no es deseado, no es negado ni destruido: permanece independiente y libre. Hegel ha insistido con anterioridad en la heteronomía del deseo. En la contemplación estética se afirma, por el contrario, una relación libre y desinteresada. Desear el objeto es, al mismo tiempo, no comprenderlo estéticamente. Inversamente, la participación en lo bello aleja completamente los deseos carnales y sensibles, ya que concierne a la contemplación, ajena a cualquier negatividad.

(- La obra de arte, cuasi-objeto".)

En el segundo movimiento ("Por eso [...] deseo") de esta última parte, movimiento que culmina la demostración, se despeja la esencia de la obra de arte.

Ésta posee, ciertamente, una "existencia sensible", una realidad concreta, encarnada, que se da *hic et nunc*, a través de determinaciones empíricas. Pero no se trata de una verdadera realidad inmediata, dada realmente en el mundo: se trata, de hecho, de una apariencia de lo sensible. Aunque se relaciona con lo concreto, la obra de arte, sin embargo, es una obra espiritual y, como tal, no podría emparentarse con lo sensible. Recordemos que Hegel, en la *Estética*, subraya que lo Bello es la unidad de la forma sensible y de la Idea. Comprendemos así que la obra de arte no podría en ningún caso poseer realmente un ser ahí inmediato: ello implicaría negar, en ella misma, la Idea y el Espíritu. Aunque la obra de arte expresa el espíritu a través de una forma sensible, no obstante, esta última no tiene privilegio alguno: ni el color ni el sonido están dados en nuestro mundo; son signos de otra cosa y anuncian lo espiritual. Esto es lo que Hegel nos señala con fuerza en todo el pasaje. En el arte, todo me lleva a la Idea y al Espíritu. La realidad empírica dada está íntimamente modelada por ellos.

(*Balance*: la obra de arte satisface las más elevadas aspiraciones espirituales.)

Se comprende así la importancia de la última frase: el verdadero fin de la obra de arte es el de "satisfacer los intereses espirituales", es decir, colmar nuestra aspiración suprema, aquella por la que queremos aprehender en cuanto espíritu. ¿A qué aspira, en efecto, fundamentalmente el hombre? A aprehenderse en las cosas, no como expresión de una subjetividad sensible y finita, sino como pensamiento universal y como forma que refleja la Idea. Cuando capta, en el arte, un despliegue exterior del Espíritu, el hombre satisface sus intereses más elevados. Así, creada o contemplada, la obra de arte aporta satisfacción a la parte más noble del hombre, el espíritu. Por eso no podría decepcionarnos, al tomarse como objeto el arte y el espíritu.

(El arte está más allá del deseo).

III, Análisis reflexivo

Estos análisis de Hegel no son comprensibles más que históricamente: Hegel hereda aquí la tesis de Kant, que prolonga y enriquece. Centrémonos, en primer lugar, en este trasfondo kantiano.

Afirmar, en efecto, que el arte, libre contemplación por el espíritu, se sitúa más allá del deseo, es referirse implícitamente a la *Crítica del juicio*. En esta obra, Kant demuestra (análisis que constituye, en el fondo, el centro de cualquier reflexión estética posible) que la satisfacción producida por lo bello es independiente de todo interés sensible: su un objeto responde en mí a un deseo o a una necesidad, ni me hace experimentar un placer vinculado a posibles

satisfacciones, entonces experimento lo agradable (vinculado con el deseo) y no capto lo bello, propiamente hablando. Por consiguiente, lo sensible y lo agradable no pueden culminar en un juicio estético puro. Antes que Hegel, Kant mostró que lo bello pertenece a una esfera distinta de la del placer o el deseo. Así, la doctrina de Kant constituye, bajo cierto punto de vista, el horizonte de la de Hegel, incluso si las reflexiones estéticas de ambos pensadores se desarrollan en direcciones muy diferentes.

(Relevancia del texto de Hegel: la separación entre la negatividad y el universo de la contemplación estética. La novedad del análisis hegeliano:)

Pero aunque el análisis de Hegel resulta inseparable de este trasfondo, no podríamos, no obstante, reducirlo al esclarecimiento kantiano. Lo que aparece como central, en el texto propuesto para el estudio, es la separación, subrayada por Hegel, entre la negatividad del deseo sensible y el universo de la contemplación estética. Aquí es donde se manifiesta la perspicacia del pensador berlinés. Al mostrar con brillantez, siguiendo análisis que prolongan los de *La fenomenología del Espíritu*, que en la relación deseante, los objetos se ven incesantemente destruidos por el sujeto, poniendo así claramente en evidencia que ni el objeto ni el sujeto son libres ni independientes en el deseo, Hegel nos proporciona aquí importantes elementos de reflexión y esclarecer la separación entre la esfera sensible y vital y la obra de arte, en una nueva perspectiva distinta de la de Kant.

(Lo bello hegeliano anuncia el verdadero saber del espíritu.)

De esta forma, lo que para el lector resulta fundamental y decisivo es el análisis hegeliano del deseo, incesante movimiento de destrucción, que pone distancia quien contempla la obra de arte. Lejos de la negatividad del deseo, el arte anuncia el verdadero saber del Espíritu, en el que, como sabemos, lo bello y el arte dejan finalmente su lugar a la religión y a la filosofía: al pensamiento en cuanto tal.

IV. Conclusión

(La respuesta al problema suscitado por el tema)

Más allá de esta primera cuestión, inscrita en nuestro texto (¿tiende el arte a satisfacer el deseo?), hemos detectado un problema más profundo: ¿cuáles son las necesidades espirituales más elevadas del hombre? El texto no enseña que una de las necesidades espirituales más elevadas consiste para el hombre en aprehender su forma espiritual en el mundo, a captarse, en cuanto espíritu, en lo real y en las cosas. Cuando el hombre contempla su espíritu fuera de sí mismo, entonces, reconciliado consigo mismo, puede alcanzar la serenidad. Ése es, con mucho, uno de los privilegios del arte.